

Se enciende una luz en Suiza

Pocas semanas después de que Lutero naciera en la cabaña de un minero en Sajonia, Ulrico Zuinglio nació en la casita de un pastor de los Alpes. Se crió en medio de escenas de bellezas naturales y, en edad temprana, su mente fue impresionada con la majestad de Dios. De labios de su abuela escuchaba las pocas y preciosas historias de la Biblia que ella había extraído de las leyendas y las tradiciones de la iglesia.

A la edad de trece años fue a Berna, donde estaba la más distinguida escuela de Suiza. Sin embargo, aquí surgió un peligro. Los frailes hicieron esfuerzos decididos para inducirlo a entrar en un monasterio. Providencialmente, su padre se enteró de los propósitos de ellos y, viendo que la futura utilidad de su hijo se hallaba en peligro, le ordenó que regresara a su casa.

El joven obedeció la orden, pero no pudo conformarse por mucho tiempo con quedarse en su valle nativo, y pronto retomó sus estudios, para lo cual viajó, después de un tiempo, a Basilea. Fue allí donde Zuinglio oyó por primera vez el evangelio de la gracia de Dios. Wittembach, al estudiar griego y hebreo, fue inducido a escudriñar las Sagradas Escrituras, y por medio de él se derramaron rayos de luz divina sobre la mente de los estudiantes bajo su tutela. Declaraba que la muerte de Cristo es el único rescate del pecador, y para Zuinglio estas palabras fueron como los primeros rayos de luz que preceden a la aurora.

Zuinglio pronto fue llamado de Basilea para iniciar lo que llegaría a ser la obra de su vida. Su primer trabajo fue en una parroquia de los Alpes. Habiendo recibido la ordenación sacerdotal, “se volcó con toda su alma a estudiar la verdad divina”.¹

Cuanto más investigaba las Escrituras, tanto más claramente notaba el contraste entre la verdad y las herejías de Roma. Se sometía a sí mismo a la Biblia por ser la Palabra de Dios, la única regla suficiente e infalible. Vio que esta debía ser su propio intérprete. Buscó todos los medios para obtener una comprensión correcta de su significado, y para ello pedía la ayuda del Espíritu Santo. “Comencé pidiendo a Dios que me diera su luz –escribió más tarde–, y las Escrituras comenzaron a serme mucho más fáciles”.²

La doctrina que predicaba Zuinglio no provenía de Lutero. Era la doctrina de Cristo. “Si Lutero predica a Cristo –dijo el reformador suizo–, él hace lo que yo hago. [...] Nunca le escribí una sola palabra a Lutero, ni Lutero me escribió a mí. Y ¿por

¹Wylie, lib. 8, cap. 5.,

²*Ibid.*, lib. 8, cap. 6

qué? [...] Para que se demuestre cuán consecuente consigo mismo es el Espíritu de Dios, puesto que nosotros dos, sin habernos confabulado, enseñamos la doctrina de Cristo con semejante uniformidad”.³

En 1516, Zuinglio fue invitado a predicar en el convento de Einsiedeln. Allí habría de ejercer una influencia, como reformador, que se extendería mucho más allá de sus Alpes nativos.

Entre las principales atracciones de Einsiedeln se encontraba una imagen de la Virgen que, se decía, tenía el poder de obrar milagros. Sobre la puerta del convento estaba grabada esta inscripción: “Aquí puede obtenerse remisión plena de los pecados”.⁴ A este santuario de la Virgen concurrían multitudes, desde todas partes de Suiza, y aun desde Francia y Alemania. Zuinglio aprovechó la oportunidad para proclamarles libertad por medio del evangelio a estos esclavos de la superstición.

“No imaginen –decía él– que Dios está en este templo más que en cualquier otra parte de la Creación. [...] ¿Pueden las obras meritorias, los largos peregrinajes, las ofrendas, las imágenes, la invocación a la Virgen o a los santos, asegurarles la gracia de Dios? [...] ¿Qué eficacia tiene una lustrosa capucha de fraile, una cabeza rapada, un hábito largo y holgado o un calzado bordado en oro? Cristo –decía–, que una vez fue ofrecido sobre la Cruz, es el sacrificio y la víctima, que ha pagado por toda la eternidad los pecados de los creyentes”.⁵

Para muchos resultaba un amargo chasco que se les dijera que su trabajoso viaje había sido en vano. No podían comprender el perdón gratuito ofrecido por medio de Cristo. Estaban satisfechos con el método que Roma les había enseñado. Era más fácil confiar su salvación a los sacerdotes y al Papa que buscar pureza de corazón.

Pero había otra clase de personas que recibía con alegría la noticia de la rendición por medio de Cristo, y con fe aceptaba la sangre del Salvador como su propiciación. Estos regresaban a sus hogares y les contaban a otros la preciosa luz que habían recibido. Así, la verdad fue llevada de una ciudad a otra, y el número de peregrinos que concurría al santuario de la Virgen disminuyó notablemente. Hubo una merma en las ofrendas y, en consecuencia, en el salario de Zuinglio, que provenía de ellas. Sin embargo, esto tan solo le producía gozo, porque veía que el poder de la superstición se estaba quebrando. La verdad estaba ganando terreno en los corazones de la gente.

Zuinglio es llamado a Zúrich

Después de tres años, Zuinglio fue llamado a predicar en la catedral de Zúrich, la ciudad más importante de la Confederación Suiza. La influencia que allí ejerciera se sentiría en forma muy amplia. Los eclesiásticos procedieron a instruirlo con respecto a sus deberes:

“Harás todo el esfuerzo posible para recaudar las rentas de la catedral sin descuidar siquiera las menores. [...] Serás diligente para aumentar las entradas provenientes

³ D'Aubigné, lib., 8, cap. 9.

⁴ *Ibid.*, lib. 8, cap. 5.

⁵ *Ibid.*, lib. 8, cap. 5.

de los enfermos, de las misas y, en general, de toda ordenanza eclesiástica". "En cuanto a la administración de los sacramentos, la predicación y el cuidado del rebaño [...] puedes emplear a un sustituto, particularmente en la predicación".⁶

Zuinglio escuchó en silencio este encargo, y dijo en respuesta: "La vida de Cristo ha estado por demasiado tiempo escondida del pueblo. Predicaré sobre todo el Evangelio de San Mateo. [...] Consagraré mi ministerio a la gloria de Dios, a la alabanza de su Hijo, a la verdadera salvación de las almas y a la edificación en la verdadera fe".

La gente afluyó en gran número a escuchar su predicación. Comenzó su ministerio abriendo los evangelios, y explicando la vida, las enseñanzas y la muerte de Cristo. "Es a Cristo a quien deseo conducirlos –decía–; a Cristo, la verdadera fuente de salvación". Hombres de Estado, eruditos, artesanos y campesinos escuchaban sus palabras. Sin temor, reprochaba los males y las corrupciones de su tiempo. Muchos regresaban de la catedral alabando a Dios. "Este hombre es un predicador de la verdad –decían–. Él será nuestro Moisés, para sacarnos de las tinieblas de Egipto".⁷

Después de un tiempo se levantó la oposición. Los monjes lo atacaron con burlas y sátiras; otros recurrieron a la insolencia y las amenazas. Pero Zuinglio lo soportó todo con paciencia.

Cuando Dios se prepara para quebrantar las cadenas de la ignorancia y la superstición, Satanás trabaja con mayor empeño para sumir a las personas en las tinieblas y para retenerlas más firmemente con sus cadenas. Roma actuaba con renovada energía para abrir su mercado en toda la cristiandad, ofreciendo perdón a cambio de dinero. Cada pecado tenía su precio, y las personas recibían un permiso pleno para cometer el crimen si la tesorería de la iglesia se mantenía llena. Así avanzaban los dos movimientos: Roma autorizaba el pecado y hacía de este la fuente de sus entradas, y los reformadores condenaban el pecado y señalaban a Cristo como la propiciación y como libertador.

Venta de indulgencias en Suiza

En Alemania, la venta de indulgencias fue dirigida por el infame Tetzl. En Suiza, este tráfico fue puesto bajo el dominio de Samsón, un monje italiano. Samsón ya había obtenido inmensas sumas de dinero de Alemania y Suiza para llenar las arcas papales; ahora viajaba por Suiza, despojando a los pobres campesinos de sus escasas entradas y exigiendo ricas ofrendas por parte de la gente adinerada. El reformador inmediatamente se dispuso a presentar oposición a él. El éxito de Zuinglio fue tal al exponer las pretensiones del fraile que este se vio obligado a irse a otro sitio. En Zúrich, Zuinglio predicó celosamente contra los traficantes del perdón. Cuando Samsón se acercó al lugar, logró introducirse por medio de una estratagema; pero, despedido sin haber vendido un solo perdón, pronto abandonó también Suiza.

⁶ *Ibid.*, lib. 8, cap. 6.

⁷ *Ibid.*, lib. 8, cap. 6.

La peste negra [o muerte negra] atacó a Suiza en 1519. Muchos se dieron cuenta de cuán vano y sin valor era el perdón que habían comprado; anhelaban tener un fundamento más seguro de su fe. En Zúrich, Zuinglio sufrió el azote de esta enfermedad, y circuló por todas partes el informe de que había muerto. En esa hora de prueba, él contemplaba con fe a la Cruz del Calvario, y confiaba en la propiciación suficiente que esta ofrecía para el pecado. Cuando volvió de haber estado a las puertas de la muerte, lo hizo para predicar el evangelio con mayor fervor que nunca. La gente misma había tenido que atender a los enfermos y moribundos, y todos sentían como nunca el valor del evangelio.

Zuinglio había llegado a un entendimiento más claro de las verdades del evangelio y había experimentado más plenamente en sí mismo su poder reformador. “Cristo –decía él– [...] nos ha comprado una redención eterna. [...] Su muerte es [...] un sacrificio eterno, y un método eternamente eficaz para sanar; satisface la justicia divina para siempre en favor de todos los que confían en él con fe firme e inmovible. [...] Dondequiera que haya fe en Dios, existe un entusiasmo que alienta e impulsa a los seres humanos a las buenas obras”.⁸

Paso a paso, la Reforma avanzó en Zúrich. Alarmados, los enemigos comenzaron a organizar una activa oposición. Se lanzaron repetidos ataques contra Zuinglio. El maestro de herejías debía ser silenciado. El obispo de Constanza envió tres emisarios al concejo de Zúrich para acusar a Zuinglio de poner en peligro la paz y el orden de la sociedad. Si la autoridad de la iglesia es puesta a un lado, insinuó, ello resultará en una anarquía universal.

El concejo no quiso adoptar medidas en contra de Zuinglio, y Roma se preparó para un nuevo ataque. El reformador exclamó: “Que vengan; los temo como el acantilado imponente teme las olas que rugen a sus pies”.⁹ Los esfuerzos de los eclesiásticos solamente promovieron la causa que trataban de derribar. La verdad continuó esparciéndose. Sus adherentes en Alemania, abatidos por la desaparición de Lutero, recobraron el ánimo al ver progresar el evangelio en Suiza. Cuando la Reforma llegó a establecerse en Zúrich, sus frutos se notaron más ampliamente, pues estimularon la supresión del vicio y la promoción del orden.

Disputa con los romanistas

Al ver cuán poco habían logrado con la persecución al tratar de suprimir la obra de Lutero en Alemania, los romanistas decidieron organizar un debate con Zuinglio. Se asegurarían la victoria eligiendo no solamente el lugar del enfrentamiento, sino también los jueces que decidirían entre los oponentes; y si tan solo una vez pudieran aprehender a Zuinglio, tratarían de que no escapara. Este plan, por supuesto, fue mantenido cuidadosamente en secreto.

Se decidió que el debate se realizaría en Baden. Pero los miembros del concejo de Zúrich sospecharon de los planes de los partidarios del Papa y, advertidos por

⁸ *Ibid.*, lib. 8, cap. 9.

⁹ Wylie, lib. 8, cap. 11.

las ardientes hogueras que habían sido encendidas en los cantones papales para los que confesaban el evangelio, le prohibieron a su pastor exponerse a este peligro. Asistir a Baden, donde se acababa de derramar la sangre de mártires de la verdad, significaba ir a una muerte segura. Ecolampadio y Haller fueron elegidos para representar a los reformadores, mientras que el famoso Dr. Eck, apoyado por una hueste de versados doctores y prelados, era el paladín de Roma.

Los secretarios fueron todos elegidos por los partidarios del Papa, y se prohibió que los demás tomaran nota, bajo pena de muerte. Sin embargo, un estudiante que asistía al debate escribía todas las tardes los argumentos presentados ese día. Otros dos estudiantes se encargaban de entregar estos informes, con las cartas diarias de Ecolampadio a Zuinglio, que se hallaba en Zúrich. El reformador contestaba, dando su consejo. Para eludir la vigilancia de la guardia apostada en las puertas de la ciudad, estos mensajeros traían canastas con pollos sobre la cabeza, de modo que se les permitía pasar sin estorbo.

Zuinglio “ha trabajado más –decía Miconio– por sus meditaciones, sus noches de desvelo y los consejos que enviaba a Baden que lo que habría hecho debatiendo en persona en medio de sus enemigos”.¹⁰

Los romanistas habían venido a Baden con sus más suntuosos atuendos y con brillantes joyas. Se permitían todo tipo de lujo, y en sus mesas tenían manjares costosos y vinos escogidos. En señalado contraste aparecían los reformadores, cuyo frugal menú los mantenía poco tiempo a la mesa. El posadero de Ecolampadio, quien tenía ocasión de observarlo en su habitación, lo hallaba siempre estudiando o en oración, e informó que el hereje por lo menos era “muy devoto”.

En la conferencia, “Eck ascendió al púlpito en forma soberbia, espléndidamente adornado, mientras que el humilde Ecolampadio vestía pobremente, y se lo obligó a sentarse enfrente de su oponente, en un tosco taburete tallado”. La voz tronante de Eck y la seguridad ilimitada que sentía nunca lo abandonaron. Este “defensor de la fe” sería recompensado con una generosa retribución. Cuando fallaban sus mejores argumentos, recurría a insultos y aun a las groserías.

Ecolampadio, modesto y desconfiado de sí mismo, había rehuido el combate. Mediante un comportamiento cortés y bondadoso, reveló su capacidad y su entereza. El reformador adhirió firmemente a las Escrituras. “Las tradiciones –dijo él– no tienen fuerza en nuestra Suiza, a menos que estén de acuerdo con la Constitución; ahora bien, en materia de fe, la Biblia es nuestra constitución”.¹¹

El razonamiento sereno y claro del reformador, presentado en forma tan bondadosa y honesta, atrajo a las mentes que rechazaban con disgusto las jactanciosas pretensiones de Eck.

La discusión continuó durante 18 días. Los papistas se adjudicaron la victoria. La mayor parte de los parlamentarios apoyó a Roma, y la Dieta declaró que los reformadores habían sido vencidos, y que ellos, juntamente con Zuinglio, queda-

¹⁰ D'Aubigné, lib., 11, cap. 13.

¹¹ *Ibid.*, lib. 11, cap. 13.

ban separados de la iglesia. Pero el debate produjo un poderoso impulso para la causa protestante. No mucho tiempo después, Berna y Basilea, que eran ciudades importantes, se declararon en favor de la Reforma.